

Escritos sobre la igualdad y en defensa de las mujeres, Marie de Gourney. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2014.

Constanza Tobío Soler

Universidad Carlos III de Madrid. Departamento de Ciencia Política y Sociología

ctobio@polsoc.uc3m.es

Ha sido gracias a la labor de recuperación de la obra de mujeres eruditas del pasado, emprendida por las historiadoras feministas, que conocemos hoy en toda su amplitud la obra de Marie de Gourney, más allá de su actividad como editora de los *Ensayos* de Michel de Montaigne. Como es sabido fue ella, entre todas las personas posibles, la elegida por el propio autor para encargarse de esta tarea, tal como dejó dicho en su testamento, poniendo así de manifiesto la elevada consideración que tenía hacia ella. Su relación se remontaba a 1588 cuando Gourney tenía veintitrés años y él cincuenta y cinco, iniciándose una estrecha amistad basada en la admiración mutua que duraría hasta su muerte en 1592.

La creación intelectual exige ciertas condiciones como el acceso a la educación, la independencia y la proyección pública, todas ellas obstáculos casi insalvables para las mujeres a lo largo de la historia. Marie de Gourney consiguió irlos superando, no sin un denodado esfuerzo y una lucha constante, además de una extraordinaria capacidad intelectual. Su formación fue en gran parte autodidacta, según cuenta, hasta el punto de que aprendió latín sola, sin profesores y ni siquiera una gramática, simplemente cotejando libros traducidos al francés con sus versiones originales latinas. Renunció a casarse por el convencimiento de que la merma de libertad que suponía para las mujeres era incompatible con su ambición intelectual. Sobre el matrimonio como factor destacado en la subordinación de las mujeres, junto a la falta de educación, escribió ampliamente a lo largo de su vida. Gourney tuvo que abrirse camino para llegar a relacionarse con sus pares intelectuales, como

Montaigne, Justo Lipsio o François La Mothe, y también para ser conocida y apoyada por los grandes personajes de la realeza y el poder, desde la reina de Francia Ana de Austria y el Cardenal Richelieu hasta Jacobo I de Inglaterra. Promovió activamente el debate público en torno a cuestiones eruditas y a problemas políticos, sociales, culturales o religiosos de su tiempo mediante su participación en los salones y tertulias de la época, incluso en su propia casa. Llegó a ser reconocida como una mujer sabia, la “Minerva francesa” o la “décima Musa”, lo cual no le evitó durísimos ataques de quienes le negaban la voz por venir de una mujer. Durante toda su vida tuvo que defender su presencia en el espacio público y su obra, haciendo de la razón el único criterio legítimo para dirimir los diferentes puntos de vista. Con inteligencia, erudición e incluso ironía rebatió los prejuicios misóginos, lo cual le granjeó admiración y respeto, pero también un buen número de enemigos. Se cuidó de la posteridad editando sus propias obras completas para asegurar que llegaran a las generaciones futuras de forma adecuada. Sin embargo, después de su muerte fue poco a poco cayendo en el olvido, como ha pasado con tantas mujeres que alcanzaron notoriedad en vida. Son los hombres quienes hasta ahora han seleccionado los nombres destinados a perdurar y han practicado una brutal exclusión de las mujeres. Gourney no fue excepción, una vez que ya no estaba en condiciones de ejercer su propia defensa.

Gourney practica diversas formas de escritura, desde la novela y la poesía, a la traducción, el ensayo y la reflexión filosófica. Es, sin embargo, en este último campo en el que sus aportaciones son más amplias y relevantes, aunque no se limitó al

ámbito del humanismo tal como entonces se entendía, sino que se interesó por la ciencia experimental de la época —la alquimia—, así como por la cosmología y la lingüística. Durante los siglos *xvi* y *xvii* la alquimia era un ámbito abierto, no regulado y que permitía la indagación empírica en la búsqueda de remedios para la salud, recetas culinarias o el cuidado y embellecimiento del cuerpo, más que la búsqueda de la piedra filosofal. Se practicaba frecuentemente en los espacios domésticos, participando no solo los hombres sino también, y muy activamente, las mujeres. Para Gourney, tal como explica en una de sus obras, permitía observar y ver más allá de las apariencias, así como descifrar los secretos de la naturaleza. Se implicó asimismo muy activamente en los debates acerca de la reforma de la lengua francesa, tomando parte decidida por uno de los grupos en liza. Fue en su propia casa, en las tertulias que organizaba, donde se concibió la idea de crear la Academia Francesa de la Lengua, cosa que se llevaría finalmente a cabo en 1634. Pero ni Marie de Gourney ni ninguna otra mujer sería invitada a formar parte de ella hasta más de tres siglos después cuando Marguerite Yourcenar fue nombrada académica, no sin el rechazo frontal de muchos de sus miembros destacados, entre otros el antropólogo Claude Levi-Strauss, quien argumentaría que “una tribu no cambia sus reglas”. Como bien entendió Gourney, el debate sobre la lengua tenía una especial importancia para las mujeres en un momento de creciente misoginia y relegamiento del sexo femenino en muy variados órdenes de la vida. Se alineó con el poeta Ronsard en contra de las restricciones estrictas en el vocabulario de la lengua francesa como forma de asegurar su pureza y expuso sus posiciones en cuatro tratados filológicos. Y más todavía se opuso a la imposición del género gramatical masculino con valor neutro, es decir, a su capacidad de representar lo universal, frente al género femenino reducido a su propia representación. Los defensores de esta reforma argüían “la mayor nobleza del género masculino”. Se propugnaba la supresión de términos con femenino propio como “escritora” o “autora” lo cual contribuía a invisibilizar a las mujeres que ejercían tales actividades. A pesar de que las posiciones más retrógradas y contrarias a las mujeres finalmente se

impusieron y llegan hasta nuestros días, Gourney mantuvo e incluso recuperó palabras femeninas en sus textos que aluden a su participación en la vida pública. Además utilizó de forma habitual la duplicación de términos masculinos y femeninos (partidarios y partidarias, la poeta y el poeta, grandes hombres y grandes damas...) tal como hoy se hace con intención reivindicativa de la presencia legítima de las mujeres. La redundancia lingüística de género, cada vez más practicada pero también criticada, no puede encontrar un mejor apoyo que la pionera estrategia de género que en el uso de la lengua puso en práctica Marie de Gourney.

A pesar del carácter polifacético de su obra, hay un tema que aparece reiteradamente y que constituye su aportación más novedosa: la reivindicación de la igualdad entre ambos sexos y el análisis de las causas de la subordinación de las mujeres. La escritora dedicó varios textos a este tema, dos de los cuales, *Igualdad de los Hombres y las Mujeres* y *Agravio de Damas* se incluyen en el libro que aquí se comenta, pero además constituye un *leit motif* que aparece en textos de contenido muy diferente, desde la religión y la política hasta la ficción y la poesía. Otro de los debates en el que se involucró muy activamente fue en torno a la ley Sálica que en Francia, como en España, impedía a las mujeres acceder al trono y a cuyos defensores dedica páginas cargadas de conocimientos históricos para recordar las reinas y señoras que a lo largo de la historia ejercieron el poder a los más altos niveles. Señala también la contradicción de que sí se aceptaran las regentes que ejercían plenamente como reinas durante la minoría de edad de los herederos, demostrando la plena capacidad femenina para llevar la corona.

Gourney desarrolla ideas nuevas que se adelantan a pensadores muy posteriores. Por ejemplo, concibe la naturaleza humana como única, sin diferenciación de sexo, y caracterizada por el pensamiento racional. No será hasta mucho después que Poulain de la Barre primero y John Stuart Mill con Harriet Taylor posteriormente enfoquen de esta manera la relación entre las mujeres y los hombres. Incluso minimiza la diferencia de sexo con

argumentos que recuerdan a los de la antropología feminista, como cuando afirma que “no hay nada más parecido a un gato sobre una ventana que una gata”. Asocia la desigualdad fundamentalmente a la exclusión de las mujeres de la educación que, colocándolas en una situación de inferioridad, justifica y hace posible su dominación por los hombres. Coincide con otros humanistas en la importancia de la educación y en la defensa de la educación para las mujeres. Pero en lo que es más innovadora es en la insistencia de que no se trata de cualquier educación, es más, afirma que las mujeres deben recibir la misma educación que los hombres para poder desarrollar plenamente sus potencialidades y para poder elegir libremente entre “la pluma y la rueca”. Rechaza con contundencia la mala educación que recibían entonces las mujeres destinada al mantenimiento de los papeles femeninos tradicionales.

En el marco de la Querrela de las Mujeres, amplio debate en torno a su capacidad y dignidad que venía ya desde el siglo XIV cuando se inicia con el conocido libro de Cristina de Pizán *La ciudad de las damas*, Gourney se manifiesta como firme defensora de la igualdad entre hombres y mujeres, frente a la idea que iba abriéndose camino de la superioridad femenina, como reacción a la consideración dominante de su inferioridad. Lo que Gourney cuestiona es la propia polaridad jerárquica, quizá intuyendo que la supuesta superioridad femenina ha solido situarse en lo más etéreo y frecuentemente se ha acompañado de restricciones a su libertad.

Hay otros dos aspectos del pensamiento de Gourney que la aproximan a planteamientos y prácticas claramente feministas. Por un lado, lo que hoy se llamaría la recuperación de la memoria de las mujeres, es decir, de aquellas que fueron ilustres y reconocidas en vida pero olvidadas después. Traza una extensa genealogía de la Antigüedad, desde, Temístoclea y Téano —hermana y mujer de Pitágoras respectivamente— o Hipatia hasta María Magdalena y Catalina de Siena, éstas últimas de especial interés para Gourney por haber sido predicadoras, es decir, por haber levantado la voz en el ágora. Además, en su propia vida tejió múltiples

relaciones de amistad y ayuda mutua con otras mujeres eruditas, tal como ha ido sabiéndose a partir del examen atento de sus cartas, dedicatorias o poemas.

Por otra parte, Marie de Gourney establece un continuo entre su vida y su obra. Hay una constante reflexión entre las condiciones de producción de su labor intelectual —que constituye su prioridad vital—, la percepción social y su contribución a la mejora de la sociedad, de la que una parte fundamental se refiere a la posición de las mujeres. Apunta así a la debatida cuestión del punto de vista desde el que se investiga y se interpreta la realidad. Presentar el contexto en el que se sitúa la pensadora constituye un rasgo de modernidad, a pesar de las limitaciones que la sociedad de entonces imponía.

Por primera vez se traducen ahora al castellano cuatro textos de Marie de Gourney, de las más de cuarenta obras que escribió. La cuidada traducción se acompaña de una magnífica introducción, extensa y rigurosa, que permite contextualizar un pensamiento original y complejo, a cargo de las propias traductoras. Se acompaña asimismo de múltiples notas que facilitan la lectura, refiriendo las menciones eruditas a sus fuentes, y explicando las polémicas en las que se inscriben las argumentaciones de Gourney o las menciones de época, que hoy nos quedan lejanas. Todo ello hace accesibles textos que de otra manera nos resultarían bastante más alejados y no siempre fáciles de comprender. Accedemos así a una obra que proyecta sobre su tiempo una mirada crítica basada en la razón y con pocas concesiones a los prejuicios.

Los textos seleccionados son muy distintos en contenido y extensión, aunque en todos ellos la defensa de las mujeres constituye el tema central. El más extenso, *Igualdad de los hombres y las mujeres*, fue publicado en 1622 y es un tratado en el que la autora explica su posición en el marco de la Querrela de las Mujeres. Tiene la particularidad de que apela a la autoridad de hombres ilustres que defendieron la capacidad de las mujeres, a la vez que presenta una larga genealogía de mujeres eruditas desde la

antigüedad. Entra incluso en un terreno peligroso entonces, la teología, para argumentar que Dios no es ni masculino ni femenino, sino que son los hombres los que lo representan con su mismo sexo. A continuación, se presenta un breve texto titulado *Agravio de Damas* escrito al final de su vida en el que elige, de los muchos agravios que las mujeres sufren, los que se refieren a la prohibición del uso de la palabra pública, a la vez que reivindica su capacidad intelectual y critica duramente a la luz de la razón —y en ocasiones con incisivo sarcasmo— a los hombres que, basándose en creencias, niegan la libertad a las mujeres. Los otros dos textos, *Apología de la que escribe* y *Copia de la vida de la doncella de Gourney*, son de carácter autobiográfico. Marie de Gourney, tal como se ha comentado anteriormente, da importancia a la explicación acerca de sí misma, a las razones por las que dedica su vida a la acti-

vidad intelectual y a las condiciones en las que lo hace. Trata también de defenderse, ella y su obra, de quienes las cuestionaban y lo hace con detenimiento, examinando y rebatiendo argumentos de forma pormenorizada, para concluir muchas veces en la pobreza de las razones de sus oponentes, lo cual cabe pensar que no dejaba de granjearle enemistades.

En un medio hostil, Marie de Gourney consiguió hacer de su vida lo que desde muy pronto decidió que quería hacer con ella: dedicarla al saber. Fue una persona respetada y reconocida por grandes personajes y eruditos, el más destacado y afín, sin duda, Michel de Montaigne. Y hubiera hecho seguramente buenas migas con muchos pensadores y pensadoras posteriores, desde Stuart Mill hasta Simone de Beauvoir o Betty Friedan.